

pontificales, su orientación, siempre abierta, procede de la metodología marxista, de la influencia indirecta de la escuela de *Annales* y del estructuralismo francés. Sin dejarse influir por la extrema diversificación temática y por la dispersión disciplinar del momento presente, Tuñón de Lara ha perseverado tanto en la tesis de la articulación básica entre lo económico, lo social, lo político, lo cultural, etc., considerada esencial en cualquier explicación histórica, como en la historia social como vía por la que la actividad historiográfica puede y debe establecer mayores conexiones con otras ciencias sociales como la economía, la demografía y la sociología.

Por la información y las reflexiones que contiene para la historia de la historiografía española de nuestro siglo, este libro formará desde ahora parte de la bibliografía de consulta obligada de esta rama que cada vez despierta mayor interés no sólo entre los profesionales, sino entre los lectores informados de la historia de España.

Albert Balcells

PROCHASSON, Christophe, *Les intellectuels, le socialisme et la guerre 1900-1938*. Paris, Seuil, 1993, 355 pp.

La historiografía francesa ha conocido durante años un exagerado entusiasmo por las «masas», a las que no podían pertenecer ni intelectuales, ni periodistas, ni escritores... en razón a su supuesta vinculación con las élites, largamente confinadas, como dice Jean-François Sirinelli, al purgatorio de la Historia¹. En este ambiente de reacción anti-positivista, era muy difícil que se tratara a los intelectuales con entidad suficiente como para considerarlos, en sí mismos, objeto de la historia política. En junio de 1957, en un encuentro organizado por la Asociación francesa de ciencia política sobre «los intelectuales en la sociedad francesa contemporánea», se hizo un balance de las escasas publicaciones sobre este tema y, por primera vez, Louis Bodin y Jean Touchard, verdaderos precursores de la ciencia política, esbozaron un marco conceptual que sirviera para el desarrollo de la historia política de los intelectuales y René Rémond señaló con clarividencia que su comportamiento político merecería, por sí mismo, ser objeto de estudio.

Vendrían después los años dorados de la historia social y cultural, y hasta bien entrados los ochenta no florecieron los trabajos sobre la intelectualidad. Primero, de la mano de Jean-François Sirinelli y Madelaine Rebérioux y, más tarde, de la de Christophe Prochasson.

El libro de Prochasson, *los intelectuales, el socialismo y la guerra*, supone una importante aportación historiográfica, no sólo por el mayor conocimiento del

¹ SIRINELLI, Jean-François: *Pour une histoire politique*. Paris, Seuil, 1988, p. 203.

mundo intelectual y político que nos brinda, sino también desde el punto de vista metodológico. No se trata de escribir una historia de los intelectuales como lo haríamos del movimiento obrero o de las organizaciones políticas. Para el autor, el intelectual, que tiene el privilegio de ser reconocido como tal, independientemente de su profesión (abogado, periodista, profesor etc.), es, sobre todo, un mediador cultural comprometido con la política y cuya función social constituye objeto de Historia. Una Historia intelectual que el propio autor la compara con la historia de las mujeres.

El secreto que encierra este espléndido libro reside, además de en su bello lenguaje, en su desmedido interés en presentarnos al intelectual inmerso en un colectivo identificado con sus lugares (*lieux*) de encuentro y actividad, con sus medios (*milieux*) de expresión y comunicación y con la compleja red de relaciones (*réseaux*) que teje a su alrededor, y no como un prisionero de su discurso, aislado de su entorno.

Estos tres niveles de análisis: lugares, medios y relaciones, forman la estructura básica del libro y permiten al autor encuadrar mejor la actividad de los intelectuales, sus condiciones de elaboración ideológica y su compromiso político. Más que una historia de los intelectuales, considerados individualmente o como integrantes de una generación, es una historia de los lugares de la *intelligentsia* socialista que se conforman alrededor de librerías, escuelas, círculos, grupos informales, revistas, etc. y que se extiende desde *l'Affaire* Dreyfus hasta el Pacto de Munich.

Prochasson dedica una buena parte de su trabajo al estudio de las revistas, auténticos espacios de sociabilidad y fermentación intelectual, donde más debates se suscitan y donde las escisiones políticas tienen sus primeros reflejos. El conjunto de revistas y publicaciones y todas las complejas relaciones que en su entorno se desarrollan, no son otra cosa que herramientas de una estrategia política e intelectual. Cada intelectual encuentra en esa red una parte importante de su identidad y fuera de ella, como individuo aislado, no merece la atención del autor.

En los últimos años del siglo XIX, *l'Affaire* Dreyfus cambió sustancialmente la vida política y cultural francesa, que vio nacer un tipo de intelectual de izquierdas, liberal en sus maneras, comprometido con la libertad y con la defensa de los derechos del hombre frente al Estado, y muy vinculado al socialismo, que era, en aquellos momentos, un fuerte polo de atracción intelectual. Sin embargo, esta vinculación no significaba, en absoluto, una militancia ordinaria en las organizaciones socialistas, es más, durante años, sobre todo desde 1907 en pleno *post-dreyfusismo*, se produce una virulenta reacción anti-intelectual, cuestionándose su papel en el movimiento socialista y sus relaciones con el movimiento obrero.

Fuera del partido, los jóvenes y brillantes intelectuales socialistas, provenientes de medios universitarios y, sobre todo, de la Escuela Normal (*normaliens*), crean sus propias organizaciones alrededor de grupos, círculos, revistas, etc. En 1899, nace *Le Groupe de l'Unité socialiste* en el que se integran numerosos profesores e intelectuales como Lucien Herr, François Simiand, Albert Lévy, Albert Thomas, Emmanuel Lévy, o Marcel Mauss (sobrino de Émilie Durkheim).

Desde 1890 aparecen, también, una gran cantidad de revistas (*Revue Socialiste, L'Ere nouvelle, La jeunesse socialiste, Cahiers de la Quinzaine, Pages Libres...*) ligadas la mayoría a los *normaliens*, y tres escuelas socialistas, que son en realidad una prolongación de la experiencia de la Universidades Populares y que ofrecen un interesante espacio de encuentro entre intelectuales y obreros².

Durante «el soplo del año 1910», como titula Prochasson su tercer capítulo, los intelectuales socialistas se encuentran al margen, por no decir en el exterior, del movimiento socialista. Están más influidos por los valores republicanos que por doctrinas que preconizan la ruptura social, más próximos a la idea de unidad nacional que a la lucha de clases y defienden con entusiasmo la integración cultural del movimiento obrero. Jóvenes intelectuales y artistas, esta vez juntos, pretenden dotar al socialismo de una nueva dimensión cultural ética y estética hasta ahora desconocida. Rompen con el marxismo dogmático y en sus escritos abundan las referencias a Nietzsche, Bergson, en cierta medida a Sorel, pero sobre todo a escritores como Romain Rolland, Walt Whitman o Émilie Verhaeren. Además, son los años de una extraordinaria efervescencia de revistas, en las que se funden políticos, sindicalistas, literatos, artistas y educadores que toman partido por la estética de vanguardia y el movimiento futurista (*Les Cahiers du Centre*, 1910) y de nuevos lugares de intervención y sociabilidad, como *La Ghilde des forgerons* (nombre de un antiguo gremio de herreros) asociación fundada por alumnos del liceo Chaptal de París en 1911, a medio camino entre escuela y cenáculo, y *Le Cinéma du Peuple*, productora de films de tema obrero y radical, creada en octubre de 1913.

Si la unificación socialista de 1905 había coincidido con una cierta retirada de los intelectuales del partido, la primera guerra mundial va a actuar como agente dinamizador que cataliza sus deseos de acción y militancia. Ya en 1913 aparece un nuevo prototipo de intelectual mucho más comprometido con la política que termina con el modelo dreyfusiano situado al margen de los partidos y muy vinculado al arte, la literatura y los movimientos de vanguardia. La mayor parte de los intelectuales socialistas, que durante *l'Affaire Dreyfus* habían defendido, por encima de todo, los derechos del hombre, ahora, desde el partido socialista, prestarán sus servicios al Estado y apoyarán la política de la Unión Sagrada frente al enemigo. «No hay más que una arma para luchar contra Alemania, el fusil hermano de nuestra pluma» (p. 118), escribía Jean-Richard Bloch, intelectual judío, muy ligado a los valores republicanos desde 1871. Esta frase puede aplicarse igualmente a muchos dreyfusistas y radicales de los años 90, como Lagardelle, que abrazaron la causa nacional y justificaron la guerra, con tal decisión, que no tuvieron reparo alguno en confundirse con Charles Maurras o Maurice Barrès.

² *L'École de la Paix*, fundada en junio de 1905 e independiente de las estructuras del partido socialista, constituye uno de los raros sitios en el que el centro de su actividad giraba en torno a las cuestiones de la paz, de la guerra y de la nación. Impulsó, además, una importante obra pedagógica situada fuera de los clanes políticos, religiosos o filosóficos, hasta que la primera guerra mundial interrumpió sus programas.

Prochasson describe también a otro grupo de intelectuales contrarios a la guerra, menos numeroso y con menor influencia, pero muy activo en la defensa del pacifismo y que tenía sus mejores valedores en Romain Rolland, místico pacifista, y en Jean de Saint-Prix, idealista de raíces cristianas y radical revolucionario, defensor de la adhesión del socialismo a la III Internacional. A partir de 1916, se reúnen en torno al semanario *Ce qu'il faut dire*, dirigido por Sébastien Faure, representante del ala pacifista del anarquismo y heredero también del dreufusismo.

La guerra abrió una profunda brecha entre la intelectualidad socialista. Los «patriotas» defensores de la contienda, cada vez más integrados en la administración del Estado, eran, sin embargo, conscientes de la radical contradicción entre el deber, que les colocaba junto a la Unión Sagrada, y las virtudes del internacionalismo y de la cultura alemana, en las que habían creído durante mucho tiempo (p. 116). Frente a éstos, los intelectuales comprometidos con el pacifismo tuvieron que luchar contra la marginación, la censura e incluso la persecución política³.

De la extraordinaria colección de fuentes que Prochasson utiliza, tienen un especial interés los archivos privados de Jean-Richard Bloch, Romain Rolland, Albert Thomas y Michel Alexandre. A partir de su correspondencia particular se pueden recomponer los diferentes grupos de intelectuales y los medios y relaciones que les sustentaban, éste es el caso del archivo de Albert Thomas, así como también podemos descifrar sus conductas frente a la guerra. Respecto a esto último, es particularmente interesante la correspondencia, casi diaria, entre Michel Alexandre y su padre, que revela su evolución desde el apoyo a la guerra en 1914 hasta su militancia pacifista en 1916, y las epístolas entre Bloch y Romain Rolland, que le sirven al autor para realizar una magnífica semblanza de Rolland y analizar cómo la guerra va a romper los lazos, lugares, sentimientos comunes y amistades profundas entre los intelectuales socialistas.

Durante los años 20, las huellas que la guerra había dejado en el socialismo francés se harán aún mayores con el impacto de la revolución soviética. Para los intelectuales «normalianos», que habían abandonado su militancia revolucionaria y eran hombres de la República, el bolchevismo les era odioso en cuanto que suponía la ruptura de «su» Estado. Estos intelectuales, que se apoyaban en la red de influencias de Albert Thomas y que se separaron del socialismo oficial creando el P.S.F., «quisieron ofrecer del socialismo una imagen de respetabilidad, de competencia, de preocupación por el interés nacional, que hicieran olvidar sus prácticas internacionalistas de la pre-guerra» (p. 176). Enfrente, los que apoyaron con entusiasmo la revolución rusa, herederos del pacifismo y mayoritarios en el seno de la SFIO, contaron con la fuerza que les brindaba la prestigiosa figura de Michel Alexandre, la importante red de relaciones internacionales tejida alrededor

³ Algunas revistas defensoras del pacifismo, como *Le Bonnet rouge*, fueron acusadas de estar controladas por los servicios de información alemanes. FALIGOT, Roger y KAUFFER, Rémi: *Histoire mondiale du renseignement. Tome 1: 1870-1939*. Paris, Éditions Robert Laffont, 1993, p. 132.

de Romain Rolland y, sobre todo, el diario *L'Humanité*, que les abrió sus puertas desinteresadamente.

Termina Prochasson su libro señalando el retorno a la unidad entre los intelectuales socialistas, que forjan un frente común ante el auge del fascismo en los años 30, y la vuelta a la riqueza y variedad de lugares, medios y relaciones intelectuales anteriores a la guerra, de los que son un buen ejemplo las revistas *Révolution* y *Europe*, y asociaciones como *Solidarité internationale antifasciste*, creada en Barcelona en 1937 al calor de la guerra civil, o la *Ligue internationale des combattants de la Paix*, en las que participaron personalidades del relieve de Albert Einstein, Romain Rolland, Georges Pioch, Jules Romains, Paul Langevin, Victor Méric, Georges Duhamel etc.

Tras la apasionante lectura de este libro, sólo me queda decir que quizá el lector apetezca saber más de los intelectuales franceses, en estos primeros años de nuestro siglo, no sólo de los cercanos al socialismo, sino también de los que mostraron su fidelidad al comunismo en 1924, o de aquellos otros que desde el liberalismo o el radicalismo se reclamaban igualmente intelectuales. Es evidente que esto no es ni mucho menos un reproche a la obra de Prochasson, sino todo lo contrario.

José María Marín Arce

MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A.: *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*, Biblioteca de Historia, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1991.

Este libro de Jesús A. Martínez, que fue en su día tesis doctoral del autor, se suma a los ya numerosos estudios dedicados a la historia cultural del siglo XIX español, en este caso en una dimensión más sociológica que literaria: la evolución del público lector en la España liberal, con la incorporación al mismo de nuevos sectores sociales culturalmente emancipados por la Revolución burguesa.

En realidad, la investigación de Jesús A. Martínez se centra en la etapa comprendida entre 1833 y 1868, y por tanto resulta cronológicamente complementaria con el estudio de Botrel sobre la difusión del libro en España en el período 1868-1914 (Madrid, 1988). Ambas obras son también complementarias en su planteamiento y fuentes utilizadas: si Botrel analiza la evolución del mercado editorial español desde la perspectiva de la producción y la distribución, Martínez lleva a cabo un concienzudo estudio del factor consumo, mediante la reconstrucción de las bibliotecas particulares madrileñas a partir de los inventarios notariales conservados en el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid.

El propio autor señala en la introducción las enormes posibilidades históricas de este tipo de fuentes, pero también sus limitaciones. Lo uno y lo otro se pone sobradamente de manifiesto a lo largo de su estudio. En primer lugar, la amplitud